

mano de que no puede vencerla, no la vencerá, porque no pondrá siquiera los medios; creído de que la sociedad es injusta, y de que cierra la puerta á la industria, y al talento que no nace ya algo, no será nunca nada, porque desistirá de poner los medios para serlo.

He aquí la grande inmoralidad de un drama escrito, por desgracia, con verdad en muchos

detalles y con fuego, pero por fortuna no con bastante maldad para convencer, si bien con demasiados atractivos para persuadir. Y no sólo es execrable este drama en España, sino que hasta en Francia, hasta en esa sociedad con que tiene más puntos de contacto, *Antony* ha sido rechazado por clásicos y románticos como un contrasentido, como un insultante sofisma.



HERNANI
O EL HONOR CASTELLANO

DRAMA EN CINCO ACTOS

No dejaba de ser aventurada la presentación de *Hernani* en la escena española: *Hernani*, obra de uno de los mayores poetas que han visto los tiempos, abrió majestuosamente la marcha de la nueva escuela moderna francesa. Pero si en ella Víctor Hugo osa separarse ya á cara descubierta de los antiguos preceptos, no tuvo, sin embargo, por conveniente atropellar todas las convenciones establecidas de muy antiguo en el arte, ni arrojó en ella á manos llenas como en obras posteriores los raros atrevimientos á que sólo puede entregarse con buen éxito el talento superior.

Ya hemos dicho repetidas veces que Víctor Hugo es más poeta que autor dramático; no porque el conocimiento del teatro le falte, sino porque su imaginación ahoga casi siempre en él la voz del corazón, y en este sentido le hemos marcado en el teatro un puesto inferior al que nos parece ocupar Alejandro Dumas. *Hernani* hubo de arrebatarse al público francés, amigo de declamaciones, y de pinceladas históricas; la novedad, la nueva bandera bajo la cual representaba el proscrito de Aragón, le aseguraron un triunfo, que todavía no podía atribuirse á un partido literario, á cuya formación iba á contribuir.

Pero en la escena española todos esos motivos de buen éxito no existían: tomando aquí las producciones extranjeras no en el orden en que ven la luz sino buenamente cuándo y cómo podemos, *Hernani*, primer paso de la escuela moderna, ha venido á presentarse á nuestra vista después de haber apurado nosotros hasta los excesos de esa escuela. La parsimonia misma de efectos sorprendentes que ha usado el autor nos lo debía hacer parecer pálido y descolorido después de *Lucrecia Borgia* y de *Catalina Howard*: y si se hallaba rescatado este inconveniente con el interés que debía excitar en España un asunto español, también se ocurría la nueva dificultad de ser más necesaria á *Hernani* que á ningún otro drama una buena traducción.

En esto, por fortuna, así Víctor Hugo como el público español han sido felices. Y la traducción que de este célebre drama se nos ha dado es una de las mejores traducciones que en lengua alguna pueden existir. El traductor de las obras de Víctor Hugo ha tratado á *Hernani* con rara predilección, con cariño: un lenguaje purísimo, un sabor castellano, una versificación cuidada, armoniosa, rica, poética, la colocan en el número de las obras literarias de más dificultad y de más mérito. Por las alabanzas justísimas que al señor de Ochoa tributamos, podrá conocer el público que no es comezón de satirizar la que nos anima cuando condenamos sin piedad las traducciones comunes que diariamente se nos dan. Es justicia. Traduzcan los demás como el señor de Ochoa, y nuestra pluma, constantemente imparcial, correrá sobre el papel para el elogio con más placer que para la amarga crítica. Bien hubiéramos querido que el traductor, en vez de explayar más y desleír algunas escenas, hubiera tratado de reducirlas á los menos límites posibles, sin alterar el sentido; pero conocemos que el respeto debido al grande poeta le habrá contenido, y realmente esto no nos sorprende en un traductor también poeta. Es difícil, traduciendo á Víctor Hugo, tomarse libertades. Por lo demás, concluiremos el elogio de esta traducción diciendo que escenas enteras hay escritas de tal modo que no las desdeñaría Calderón mismo. Hace muchos años que no habíamos visto ninguna que tanto nos satisficiera, si se exceptúa la de *Los Hijos de Eduardo*, hecha por don Manuel Bretón de los Herreros también con esmero y tino singulares.

No describiremos el argumento de *Hernani*. Los dramas vulgares, cuyo mérito existe en la

intriga, los cuentecitos caseros que suelen darnos á cuenta de comedias en nuestro teatro, consienten esa costumbre periodística. Haciéndolo también con *Hernani*, haríamos una injusticia al autor y á la obra; porque su mérito principal no estriba en que se case la dama con el galán, ni en que se presenten á la boda más ó menos obstáculos dramáticos. El mérito de *Hernani* está en la concepción misma de la obra; en la pintura de Carlos I de España, mozalbete seductor de doncellas, rey galante en sus primeros años, y de Carlos V de Alemania, emperador ya de romanos, y desalojando del pecho intereses mezquinos y amorcillos de calavera, para dejar lugar en él á toda la ambición humana, á la grandeza de la misión que la Providencia le destina á llenar en el mundo. Todos los demás son medios que contribuyen á este grande efecto, que es el que más resalta y ocupa, á despecho del título, de los sermones nestorianos del viejo don Ruy Gómez, de la posición violenta de Hernani y de su desdichado amor con doña Sol.

El verdadero drama parece concluirse con el cuarto acto, donde don Carlos V, ya emperador, renuncia á la hermosa doña Sol, y la da por esposa al rebelde Hernani, devolviéndole sus títulos y honores. El poeta, sin embargo, dominado de la primitiva idea de su obra, y preocupado del deseo de pintar su *honor castellano*, fantástico y exagerado como él lo entiende, se lanza á dar un quinto acto, fundado en la venganza del viejo don Ruy Gómez, quien dueño por un juramento de la vida de Hernani, viene á turbar la alegría del sarao y la felicidad de los novios, tañendo una bocina, á cuyo sonido le juró Hernani poner su vida á su disposición en cualquier situación en que viniese á reclamarla. El viejo inexorable y celoso tañe cada vez más fuerte, y consigue matar á trompetazos el amor más puro y el porvenir más lijónjero de dos amantes felices. Ideas son éstas y costumbres que contrastan demasiado con las nuestras.

En el siglo en que Chateaubriand ha escrito: *Comme on compte l'âge des vieux cerfs aux branches de leurs ramures, on peut compter les places d'un homme par le nombre de ses serments*, en ese siglo presentarnos el juramento respetado y cumplido hasta la muerte, es cosa realmente que hace morir de risa al espectador más grave. Hernani pudiera haber alegado las circunstancias, ó cualquiera otra razón de la misma especie; pero Hernani se contenta con

echarse á pechos un frasquete del más rico veneno conocido, con lo cual el honor castellano, antiguo, queda en su punto, el público afligido, y el viejo contento, y repitiendo al ver los dos cadáveres: ¡Muerto, muerta!

Este final desgraciado, que no podía presu-

mirse en el trascurso del drama, poco preparado, y fundado en una cosa tal como cumplir un juramento, ha sido la causa de que no fuese coronado *Hernani* de aplausos, como parecía hacerlo esperar el placer con que los actos anteriores habían sido oídos.

MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRINCIPE DE LA PAZ

ARTÍCULO PRIMERO

En los tiempos antiguos y antes de la invención de la imprenta, la historia, viviendo á la ventura de rebuscos ó de eventuales hallazgos, más se podía considerar como un espejo mal azogado que sólo representaba á trozos objetos informes, que como un intérprete fiel y un juez severo de los hechos pasados. Apoyada en la tradición, las más veces fabulosa ó exagerada, prestábase fácilmente á la falsedad y á la adulteración á que la quisiesen sujetar las pasiones de los pocos que en recoger y transmitir anales se ocupaban.

Posteriormente el orgullo de las testas coronadas hubo de conocer la importancia de la pluma para conservar á la posteridad sus grandes hechos ó sus intrigas políticas, y cada rey mantuvo cronistas con el objeto de clasificar y glosar su reinado; pero fácil es conocer la poca confianza que á los pueblos debían merecer tales compilaciones, hechas á expensas de un rey por personas allegadas ó agradecidas, y á quienes sólo podía el elogio ser lícito. Con pocas excepciones, la historia vino á ser no un cuadro fiel de las costumbres, de las necesidades, de las revoluciones de los pueblos, sino un retrato, favorecido como todo retrato, y de tamaño colosal, de cada príncipe ó magnate, que reasumía en sí propio la importancia toda de sus gobernados. De tal suerte llegó á adquirir este carácter, que aun en tiempos modernos en que la tendencia de las ideas es muy otra, y en que han variado esencialmente los principios, en que se ha reconocido por fin que los reyes no son delegados de la divinidad sino apoderados del pueblo, todavía conserva la historia sus regios atavíos, y su especialidad insultante para la generalidad de los hombres. Aun en manos muy hábiles la historia es apenas todavía la cronista de los pueblos: primer cortesana en

los palacios y la última por lo visto que los ha de abandonar, tarda en comprender su verdadera misión, y cree haber transmitido á la posteridad los hechos y las costumbres de una nación cuando ha referido los caprichos ó los usos de un príncipe.

Pero los tiempos han corrido, y la invención de la imprenta á la disposición de todo el mundo ha sido un puerto contra un naufragio para clases y generaciones enteras: hecha industria lucrativa, todo el que no ha tenido otro oficio, todo el que se ha creído con ojos para ver, con oídos para oír, todo el que se ha figurado tener las cualidades de testigo (cualidades más difíciles de poseer de lo que parece para no ser testigo á la manera de las paredes, dentro de las cuales pasan los acontecimientos), todo el que ha sentido dentro de sí ó la pereza de obrar ó la insuficiencia de producir cosas dignas de ser por otros escritas, ha asido de una pluma, y ha exclamado: *Yo, que no hago nada, escribiré lo que hacen los demás; escribiré lo que sobre ellos pienso, y hasta escribiré lo que yo hago, cuando no hago nada*. De aquí multitud de libros, de novelas históricas, de historias novelescas, de viajes impresionales y de impresiones viajeras que atormentan al mundo moderno y le ahogan y le sofocan, como las demasiadas mantas que se echan sobre un constipado; de aquí la multitud de *observaciones, relaciones, reflexiones y ojeadas*, sin contar con el sinnúmero de anuncios que empiezan con *De*, como: *De los acontecimientos de la guerra de tal, de la conjuración de cual, de la oportunidad, etc., etc.*; de aquí ese torrente sin diques de memorias de la contemporánea, del contemporáneo, del ayuda de cámara, del médico, del barbero, del portero, de la mujer, del padre, del hijo, del hermano, del sobrino, y de los amigos y de los enemigos del hombre

que ha hecho, que ha sonado, que ha intrigado, que ha mandado algo; memorias de su cocinero, de su repostero, de su querida y de su viuda acerca de la manera que tienen los hombres grandes de ponerse la corbata, de salir á paseo, de dormir, de estar despiertos; memorias de los que le han visto á todas horas, y de los que no le han visto á ninguna. De aquí, en fin, para la pobre historia otro escollo, no menos peligroso que el que en el principio de este artículo le hemos encontrado en los tiempos antiguos.

Entonces necesitaba de la linterna de Diógenes para buscar un hombre y un dato, y ahora necesita de todas las linternas del buen gusto y del sano criterio para desechar hombres y datos. Voces por un lado con una relación, voces por otro con la contraria: multitud de folletos y memorias, supuestos materiales para la historia, y en realidad verdaderos albañales que corren hacia un río para perderse en él, ensuciándole y entrabando su curso; y sólo por azar algún limpio manantial que le tributa su pura y cristalina corriente.

Si hemos comparado á la historia antigua con un espejo mal azogado, que sólo á trozos representa objetos informes, ahora podemos comparar á la historia moderna con una inmensa luna colocada en un salón de máscaras, y donde mezclados rebullen y se codean, se destruyen y confunden en un disparatado conjunto de colores chocantes y chillones, sin juego ni armonía, reyes y vasallos, ricos y pobres, víctimas y verdugos, tiranos y tiranizados: ruido horrible y desapacible en que se aunan y mueren la verdad y la mentira, la calumnia y la reparación, la algazara del orgullo y el sollozo del pobre, el piano del magnate y el rabel del pastor, la jira del fastuoso convite y el gemido del hambre, el aullido de la envidia, el grito de la ambición, y el desesperado lamento del virtuoso aborrecido, ó del mérito sofocado.

He aquí el sonido de la celebrada trompeta de la historia, encargada de transmitir la verdad á la posteridad, de quien se dice que aquélla es luz y ejemplo, norte y guía.

Así ofusca para ver la demasiada como la poca luz, y la verdad entre tal multitud de datos contradictorios no hallará menos obstáculos para establecerse que en las épocas en que no tenía á su disposición una sola trompeta por donde resonar. La mentira á la orden del día y al alcance de todos desde la vulgarización de la imprenta tiene las pasiones en su favor, y la haría de los partidos interesados en ataviarla y

lanzarla rica de argumentos y sofismas á la cabeza del vulgo crédulo y poco perspicaz.

Traslúcense, sin embargo, á los ojos de los más estas triviales reflexiones, y la duda de lo cierto y de lo incierto mina por el pie multitud de libros escritos para hacer fortuna á costa del escándalo, envolviendo desgraciadamente en el común desprecio hasta la razón y la justicia, cuando entre el clamor general de mentidos testimonios vienen á presentar á la severa opinión pública sus contradichos alegatos.

Una de las pocas obras sin embargo que habrán de merecer una honrosa excepción, y que deben al menos ser detenidamente examinadas, es la que anunciamos en el epígrafe de este artículo. Don Manuel Godoy, de quien se puede decir lo que de don Alvaro de Luna dice su cronista; don Manuel Godoy, grande ejemplo y escarmiento de privados, es un personaje histórico harto importante en los fastos modernos de España para que su voz pueda pasar oscuramente confundida en el ruido general del siglo vocinglero en que vivimos.

Su portentosa cuanto rápida elevación, la colosal influencia que en la suerte de nuestra patria ha ejercido durante muchos años, y las gravísimas inculpaciones de que ha sido objeto hacían desear que rompiese un silencio, con el cual autorizaba tácitamente cuanto de su administración se ha dicho.

Y cuando se medita que aquel magnate que llegó á absorber en sí mismo el poder de un rey, que vió bullir en rededor de sus pórticos y antecámaras una corte compuesta de lo mejor de España, que el hombre que salió de un cuartel para hollar con sus botas de montar las regias alfombras que entapizaban los escalones del trono; cuando se reflexiona que aquel guardia á quien ascendió á su lecho una nieta de Luis XIV á la faz de una corte aristocrática, que aquel subalterno, á quien el genio del siglo pensó en colocar en un trono, es el mismo que en el día, apeado de sus brillantes trenes, lanzado de su propio palacio, desnudado de sus galas y veneras, arrojado por la fuerza de la opinión á las márgenes de un río extranjero, se presenta á las puertas de la patria en modesto traje, con un humilde sombrero redondo en aquella cabeza que cubrieron coronas ducales, y con unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas sino para reconquistar el nombre de ciudadano español, que catorce millones de hombres poseen sin esfuerzo alguno, para demandar justicia,

para hacerse simplemente escuchar; cuando se reflexiona en tan espantosa peripecia, es imposible negarse al deseo, á la curiosidad de oír, y sólo entonces se concibe el interés extraordinario que deben inspirar al público las memorias de ese hombre todavía más extraordinario, así por su elevación como por su caída.

Y decimos extraordinario por su caída, porque conocido el corazón humano, es preciso confesar que don Alvaro de Luna perdiendo en una vida y privanza es menos digno de lástima que aquel que fué condenado por el destino á sobrevivir á su desgracia y á verse privado de todo después de haberlo gozado todo. Mero canal por donde las grandezas y los tesoros han pasado sin dejar en sus paredes más que el desengaño; desengaño semejante al cieno que posa el agua al recorrer el cauce que su corriente socaba. El antiguo príncipe de la Paz, árbitro de España, y don Manuel Godoy, extranjero y particular en París, es la personificación del alma destinada á ver el cuerpo crecer, robustecerse, llegar á su apogeo, y sucumbir á la ley común de la decrepitud y la decadencia; don Manuel Godoy, condenado á ser espectador del príncipe de la Paz caído, es el hombre á quien se le concediera el funesto privilegio de contemplarse á sí mismo después de muerto.

Horrendo castigo por cierto, si fué delin-

cuente, y ante el cual debe expirar todo rencor, ante el cual la justicia misma de los hombres debe velarse el rostro, contemplando el alcance de su severidad. Y horrible ejemplo también si no fué delincuente, y si la alta posición en que se encontró, suscitando enemigos que mejor perdonan el crimen que la fortuna, pudo ser la causa principal de su desgracia.

No nos toca á nosotros decidir tan importante cuestión; la lectura de las memorias del príncipe y los demás datos que la opinión pública tiene á la vista son los autos de este gran pleito entre el favorito y la sociedad. La opinión pública es quien debe hacer recaer su fallo. A nosotros, meros articulistas de un periódico, sólo nos toca dar cuenta á nuestros lectores del objeto de la obra, de la posición del que la presenta á aquel supremo tribunal, de los puntos principales que abraza, de los documentos en que se apoya, y del poco ó mucho mérito literario que puede encerrar; tarea que hubiéramos llevado á cabo en un artículo solo, si las reflexiones que la publicación de estas memorias nos ha sugerido no nos hubieran obligado ya á traspasar los límites consentidos á semejante objeto por un diario como el nuestro. En otro número trataremos de dar cima á la labor que nos hemos impuesto lo mejor que los pocos conocimientos que nos adornan nos den á entender.

